

2005

EXPLORADORES DE NUESTRAS TIERRAS



Víctor Cuestas Olivos

Lima, Perú

ÍNDICE

	Pág.
Presentación	4
Antonio Raimondi	5
Hiram Bingham y la ciudad perdida de los Incas	9
Bibliografía	13

Presentación

El presente trabajo, recopila e intenta describir los pasajes de las expediciones de dos exploradores, que siendo extranjeros dieron a conocer sus experiencias y conocimientos adquiridos para beneficio de nuestra juventud, enseñándonos, a través de su obra, a amar más nuestras riquezas naturales y contagiarnos del espíritu de aventura que los rodearon.

Razones similares, en una época de redescubrimiento del nuevo mundo, los trajeron hasta estas tierras de variada geografía: altas montañas, cumbres nevadas, frondosas selvas y ríos que surcan la profundidad de los cañones, ofreciéndoles un sinnúmero de oportunidades para demostrar a si mismos el ser capaces de volver realidad sus propios sueños.

Sus vidas, desarrolladas entre los descubrimientos y la aventura encierran paradigmas. Su presencia juvenil, marcada por el idealismo, pueden representar las conductas que los dirigentes desean promover en los jóvenes.

Esta contribución se hace como parte de las tareas asumidas por el Grupo de Trabajo de Guías y Bitácoras de la rama Intermedia de la Organización Scout Interamericana, instalada en Santiago de Chile a fines de Mayo pasado, y del cual la Asociación de Scouts del Perú es miembro.

Lima, 6 de Agosto del 2005

Víctor Alfredo Cuestas Olivos

ANTONIO RAIMONDI

Hacia afines del siglo pasado aparecía publicado en Lima, el Tomo I de la monumental obra EL PERU de Antonio Raimondi.

Pocas veces hay un ejemplo tan claro como éste en que la vida del autor y de su obra se confunden en una magna epopeya. Lo dice Raimondi: "La historia de mi trabajo está tan íntimamente ligada con mi vida, que bien pudiera decir que ambas empiezan juntas".

Antonio Raimondi nació en Milán el 19 de setiembre de 1826 y sus padres fueron Enrique Raimondi y Rebeca Dell'Acqua. Dice el propio Raimondi: "Nacido con una decidida inclinación a los viajes y al estudio de las ciencias naturales, soñé desde mi infancia con las espléndidas regiones de la zona tórrida. Más tarde, la lectura de varias obras de viajes, tales como las de Colón, Cook, Bougainville, Humbolt, Dumont, d'Urville, etc., despertaron en mí el más vivo deseo de conocer aquellas comarcas privilegiadas". Hay que agregar que sus visitas eran frecuentes y largas a los Museos de Ciencias Naturales y a los jardines botánicos -en el de Milán presencié el corte de un gigantesco cactus peruvianus-; "visitaba con gran placer las colecciones de animales vivos que existen en las distintas capitales de Europa; y si no me era dado entonces verlos en el estado de libertad en las selvas de su suelo patrio, me entretenía en estudiar sus costumbres en el estado de esclavitud, encerrados en una estrecha jaula de fierro. Al ver los animales disecados de nuestros museos daba vida con mi fantasía a todos esos seres inanimados, me trasladaba como en un sueño a las regiones donde habitan, y asistía a sus sangrientas luchas. Veía con horror al feroz tigre brincar a la garganta del humilde venado, y destrozarlo en un momento con sus aserradas garras, veía al cóndor dominar con su majestuoso vuelo las cimas nevadas de la gigantesca Cordillera de los Andes. Me parecía ver a la asquerosa boa arrastrarse pesadamente sobre el suelo; apostarse en la orilla de algún río, esperando en prolongado ayuno la llegada de algún inocente animal que viniese allí a apagar su sed". Y así nació su

deseo de visitar América y colaborar en la exploración de esta parte de la naturaleza. "Después de haber pasado revista a todos los puntos de Sudamérica, me pareció que el Perú era el país menos conocido hasta hoy. Además de su proverbial riqueza, su variado territorio que parece reunir en sí, en los arenales de la Costa, los áridos desiertos del África; en las dilatadas Punas, las monótonas estepas del Asia; en las elevadas cumbres de la Montaña, la activa y lujosa vegetación tropical; me decidieron a preferir el Perú como mi campo de exploración y de estudio"

Tomada su decisión, comenzó su preparación científica para la obra que iba a emprender, fundamentalmente en Milán: estudiar todo lo publicado, recoger los datos necesarios, proveerse de los instrumentos y equipos necesarios, hacer un plan de trabajo. Pero su verdadera preparación científica se inicia a los trece años, cuando, con sus escasos ahorros, compra las obras del célebre naturalista Francés Jorge Luis Leclerc de Buffón: Historia natural, Épocas de la naturaleza y, tal vez, otras. Desde entonces realiza excursiones al campo, viaja, estudia plantas, rocas, minerales; no se conoce en forma precisa, dónde estudió. Sus biógrafos creen que fue en gran parte un autodidacta: estudió a su manera, conforme a su vocación; cuando llegó al Perú no llevaba ningún grado académico, ni título profesional.

Su preparación específica para su viaje al Perú fue interrumpida en los años 1848 y 1849, cuando a la edad de 22 años toma la decisión patriótica de intervenir en la revolución de Milán y en la campaña de Lombardía contra el dominio de la tiranía austriaca.

El Joven, sabio en potencia, deja los libros, se aleja de los museos, vibra con los jóvenes de su edad y hablan de la Italia de sus sueños, en ese entonces, dividida, conquistada, esclavizada. Y junto con su hermano Tomileón, sacerdote, luego misionero, participa en la revolución de Milán, se encuentra en las barricadas de la ciudad, en defensa de la libertad, la que consiguen, aunque temporalmente, expulsando al invasor. Según su biógrafo Estore Janni, participó en la infausta batalla de Novara; se presume que estuvo entre los voluntarios Lombardos dirigidos por Luciano Manara que cae herido de muerte el 30 de Junio. La campaña ha terminado con la derrota de los patriotas, Raimondi ha cumplido con su deber y reinicia sus preparativos de viaje; se embarca en Génova a fines de 1849 hacia Niza de donde parte a la tierra de sus sueños el 8 de enero de 1850.

Llegó al puerto del Callao el día del aniversario patrio; el 28 de julio de 1850, a la tierra que tanto deseaba ver y había recorrido con la imaginación en su ciudad natal.

"Apenas había puesto el pié sobre la tierra de augustos recuerdos, cuna del antiguo y floreciente Imperio de los Incas, y aún no había visto sino una muy pequeña parte de la célebre ciudad de los reyes, cuando se apoderó de mí un deseo vehemente de recorrer el campo para conocer las plantas de los alrededores". Al ver una planta que solo había visto en los jardines botánicos comenta: "sentí la sensación de haber encontrado a un viejo amigo, libre, de talla elevada y tronco grueso. Pisaba el suelo de una región donde los rayos del sol caen más verticalmente, pisaba el terreno de la ardiente zona tropical".

Raimondi inició sus viajes en 1851. Llama "mis primeros viajes" a los realizados hasta 1858 y comprende los alrededores de Lima. En 1859 se inician los largos viajes, que con cortos regresos a Lima, terminan en 1869, fecha en que regresa a Lima y una sola idea lo atormenta "que no me alcance la vida para dar cima a mi atrevida empresa: el estudio y publicación de todos los objetos y datos recogidos de mis excursiones por la República entera".

Caminó por un sin número de distintas condiciones geográficas. "Fue la primera vez en mi vida que me hallaba a una altura de 15,000 pies sobre el nivel de mar, al atravesar la Cordillera, y en que experimenté los extraños efectos del aire enrarecido. Al bajar al otro lado, una continua variedad de escenas se sucedieron unas a otras sin interrupción, desde la nieve eterna que corona los culminantes picos de la cordillera, hasta la cálida y húmeda región de la Montaña, cubierta de vegetación. Los líquenes que cubren como manchas las áridas peñas son reemplazadas por secas gramíneas; en seguida aparecen matas, luego arbustos, arbolillos y por último árboles. Llegado ya a los ansiados bosques, vi con gran placer las soñadas palmeras, y contemplé con admiración algunos gigantescos y vetustos árboles, verdaderos colosos del reino vegetal".

Con la facilidad que da la emoción por las cosas que hace y el sentido inagotable de la exploración, describe cada uno de sus encuentros con la naturaleza como los sueños cumplidos, y dice: "Me interné en el bosque, como huyendo de las huellas del hombre, para colocarme frente a frente con un mundo maravilloso. Allí rodeado de elegantes arbustos y a la sombra de coposos árboles, que oscurecían la luz del sol... creía descubrir en medio de la espesura del follaje a la virgen naturaleza, bajo la forma humana, afanada en modelar y producir las delicadas y hermosas plantas que tenía a mi alrededor.

Largo tiempo quedé absorto, contemplando ese enjambre de variedades vegetales, me parecía no tener ojos suficientes para verlo todo... al mismo tiempo

pasaban por mi mente los sueños de mi niñez, y tan viva era la sensación que experimentaba, que todas las descripciones que había leído en Europa, me parecían un débil reflejo comparado con la realidad".

Si la obra escrita a partir de sus experiencias y aventuras es inmensa y valiosa, las colecciones que él dejó causan asombro por su número y variedad (595 objetos de antropología, 11575 objetos de zoología, 590 objetos de Botánica, 7513 fósiles, minerales y rocas, 20000 ejemplares de los herbarios y 235 envases cuyo contenido no era posible precisar), constituyen museo valiosísimo de nuestra Historia Natural.

Antonio Raimondi Botánico, químico, geógrafo, geólogo, físico, meteorólogo, viajero, naturalista, historiador, maestro, dibujante, pintor, arqueólogo, antropólogo, pero, sobre todo, explorador; inicia la investigación científica en el Perú, pero por sobre todas las cosas motiva el amor por las cosas sencillas que se descubren a nuestro paso cuando la visión, conducida por el gusto de la aventura, cumple sueños de joven, osado, ilusionado constructor de sus sueños, arquitecto de sus días.

Dedicó el fruto de diecinueve años de trabajo a la juventud peruana, incita a los jóvenes a continuar sus estudios para que "saquen a la luz los inmensos caudales que yacen aún ocultos en vuestro suelo nativo".

"Sí jóvenes, mi esperanza está en ustedes, y ya que les he dedicado la primera página de esta obra..... permítanme que les dedique también los últimos reglones".

"Jóvenes, confiado en mi entusiasmo he emprendido un arduo trabajo muy superior a mis fuerzas. Les pido su concurso. Ayúdenme. Den tregua a sus pasiones políticas, y conságrense a conocer su país y a los inmensos recursos que tiene".

HIRAM BINGHAM Y LA CIUDAD PERDIDA DE LOS INCAS

Hacia principios de 1909 llega por primera vez Hiram Bingham al Perú, como explorador de montañas. Se conoce de esta fecha por las visitas que realizó a la zona de Choquerirao, asentamiento Tahuantinsuyo en el gran canon del valle del Urubamba y su posterior arribo a Lima.

En 1910 asume el rectorado de la Universidad Nacional San Antonio Abad del Cuzco el Doctor Alberto A. Giesecke, de nacionalidad norteamericana, quien, durante sus catorce años de gobierno universitario, apoyó toda iniciativa referente a la arqueología.

Tan solo era su primer año como rector, cuando invitado el Doctor Giesecke por el propietario de la hacienda "Echerati" este le refiere que toda la región estaba sembrada de zonas arqueológicas y que entre ellas destacaba la ciudad de Machu Picchu, cuyas informaciones podían ser corroboradas por gente de Mandor o San Miguel.

A su regreso el Dr. Giesecke confirmó lo comunicado escribiéndole a Bingham estas referencias. Bingham enterado de la existencia de ciudades perdidas en la maraña tropical de las montañas del Urubamba asume el primer paso que es informarse por cronistas locales y otros exploradores como Charles Wiernner, quien estuvo en la región por 1876, recogiendo referencias de los vecinos para incluir en su mapa los nombres de Machu Picchu y Huayna Picchu.

Con el conocimiento indudable de las referencias citadas, más las confirmaciones de Giesecke y Braulio Polo, Bingham obtuvo la dirección de la

primera comisión científica de la Universidad de Yale con quienes estuvo en la ciudad imperial, antes de julio de 1911. Los miembros de esta comisión se repartieron por diferentes puntos del Cusco.

A mediados de julio del mismo año Bingham viajó al valle de Vilcabamba, pasando por el guía Melchor Arteaga, quien lo condujo por San Miguel hasta Machu Picchu tras penosa ascensión por el flanco Este de la Montaña, llegando el 24 de julio de 1911. Nadie conocía su verdadero nombre, pero los nativos la llaman Machu Picchu que quiere decir Vieja Cumbre, en honor de una de las dos montañas que la guardan, la otra es Huayna Picchu o Joven cumbre, más alta que la primera, y que aparece siempre al fondo de las fotografías. Una salvaje vegetación escondió sus templos construidos de granito, los acueductos, las fuentes, las tumbas, las terrazas y las incontables escaleras durante más de 700 años.

"Partimos en dirección Noroeste, dejando a nuestra derecha la maravillosa fortaleza ciclópea de Sacsayhuamán.....Descendimos gradualmente a la gran planicie de Anta, famosa como escenario de numerosas batallas en las guerras de los incas". Evadiendo zanjas y pantanos, faldearon las colinas, pasando grandes terrazas, para luego enfrentarse en agudo contraste con la llanura de Anta, pastosa y sin árboles, la profundidad de valles verdes y muy arbolados, atravesar el río sumergido en la profundidad de un cañón tupido de verde, sólo se podía hacer cruzando maravillosos, largos y elevadísimos puentes colgantes, suspendidos a cada lado en las matas boscosas. "De doscientos cincuenta pies de ancho, irrumpiendo a través del cañón con la velocidad pavorosa, lanzando grandes olas igual que el océano en una furiosa tempestad, una increíble masa de agua pasaba frente a nosotros en una vertiginosa corriente. El puente era de menos de tres pies de ancho, pero de doscientos setenta y tres de largo, se balanceaba al viento sobre sus seis colgantes de alambre de telégrafo. Cruzarlo significaba tentar al destino. Tan cerca de la muerte y tan alto lanzaba la corriente su helado rocío".

Trepar montañas a lomo de mula y otras a pie, en un escalar resbaloso era muy común y difícil por lo angosto del rastro. No muy experto, antes de esta oportunidad, Bingham confiesa su poca práctica y por ello el mayor esfuerzo, a diferencia de los cargadores indígenas, cuya costumbre, hasta hoy, de caminar grandes distancias en estas alturas, permitía que llevaran el cargamento alegremente.

"A veces el rastro era tan escarpado que resultaba más fácil continuar en cuatro pies que intentar hacerlo en postura erecta. Cruzamos ocasionalmente

arroyos frente a las caídas de agua por resbalosos troncos y traicioneros puentes individuales. Escaleras toscamente construidas nos condujeron sobre ríspidos despeñaderos".

El ascenso permitía cada vez una mayor y magnífica vista del valle "En ningún otro sitio había contemplado yo tales bellezas y magnificencias.....el blanco torrente del Apurimac rugía a través del cañón a miles de pies bajo nosotros".

Bingham, quien no era arqueólogo, pero no podía sustraerse a la apasionante relación natural con el pasado histórico cuenta que "los días que pasamos en la montaña, que cuando no estábamos entre nubes y neblina era por que llovía, no era una agradable introducción a la arqueología para quien no tenía experiencia ni conocimiento. Por fortuna tenía conmigo el libro extremadamente útil Sugerencias para Viajeros, publicada por la Royal Geographical Society. En uno de sus capítulos descubrí qué se hacía cuando uno se encuentra frente a un sitio prehistórico: tomar cuidadosas mediciones, muchas fotografías y descubrir tan acuciosamente como era posible los hallazgos".

Una mañana apareció en su campamento un campesino que les refirió un relato sobre ciertas ruinas que yacían en la cima de la montaña al otro lado del río. El día 24 de julio era un día frío y lluvioso, y los compañeros de Bingham estaban exhaustos, sin ánimos de continuar la ascensión. Primero cruzaron el río, mediante un frágil puente construido por los indios y atado por ramas. Después, subieron la ladera a gatas mientras el campesino les gritaba que tuvieran cuidado con la serpientes venenosas. Por fin, después de una ascensión agotadora de más de 700 metros, llegaron a una choza de paja donde dos indios que allí habían les ofrecieron agua fresca y papas hervidas, y les dijeron que justo a la vuelta había unas viejas casas y muros.

Bingham dio la vuelta a la colina y se quedó maravillado con el espectáculo que tenía ante sus ojos. Primero vio cerca de cien terrazas de piedra escalonadas, admirablemente construidas, que medían centenares de metros: una especie de granja gigantesca que cubría la ladera y se alzaba hacia el cielo. Todo ello se encontraba medio oculto por un espeso entramado de árboles y matorrales, infestado de serpientes.

No se sabe cuántos siglos antes ejércitos de albañiles habían construido estos muros, cortando las rocas y transportándolas a mano. Otros tantos obreros habrían

llevado hasta allí, quizás desde el valle inferior, toneladas de tierra, para convertir aquel lugar, que aún hoy es fértil.

El Dr. Giesecke expresó que si en realidad los primeros descubridores de Machu Picchu fueron los que lo habitaron y que huyeron de la justicia por razones de índole política, también debieron estar allí ganaderos que buscaban sus animales y algunos agricultores que muy cerca cultivaban sus chacras. La importancia del rol desempeñado por Hiram Bingham radica en haber dado a conocer al mundo uno de los más grandes enigmas arqueológicos, más bellos y fascinantes del hemisferio occidental.

Bingham, seguido tal vez por su espíritu aventurero se lanzó a la exploración de la apasionante montaña peruana. Pudieron ser muchos otros además los móviles pero la capacidad de impresionarse ante la belleza natural, de apreciar la obra del hombre, la posibilidad de haber recorrido innumerables parajes venciendo un reto y ambición natural del hombre, de lograr ser más cada día y emprender una nueva meta cuando terminó otra, que el llegar a una cima sea el primer paso para llegar a otra, nos hacen apreciar la condición humana, y rescatar bajo atenta mirada los valores que nos pudieran transmitir con sus vivencias los hombres y mujeres que dejaron huella en la historia de nuestros pueblos.

BIBLIOGRAFIA

SAMAME BOGGIO, Mario	"ANTONIO RAIMONDI"
RAIMONDI, Antonio	"EL PERU"
BINGHAM, Hiram	"LA CIUDAD PERDIDA DE LOS INCAS"
BUENO, Alberto	"MACHU PICCHU: LA HISTORIA NO CONOCIDA"